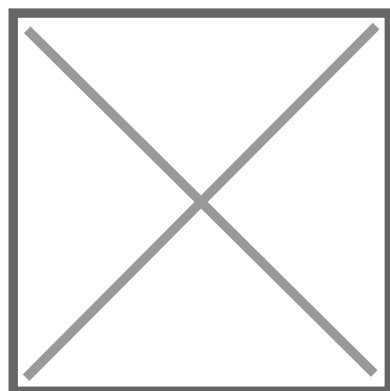




RC62149

EL SUR - Concepción, jueves 9 de febrero de 1995

p. 6.

Tribuna

Cuando había teatro y no feria

Aparte de su comicidad, caracterizaba a Lucho Córdoba un ánimo tremendamente solidario con todos sus compañeros de oficio, especialmente con quienes comenzaban en los escenarios. Cuando no los avalaba en una sastrería para que pudieran adquirir a crédito el indispensable terno para poder actuar, llegaba hasta los camarines con una caja de maquillaje, no menos imprescindible que el vestuario adecuado.

Cuando la Feria de Arte Popular del Parque Ecuador no estaba ni en la imaginación de Lorenzo Berg, su creador, la gran atracción de estos meses de verano la constituía la temporada teatral en el viejo "Concepción", en la que "rivalizaban", cordialmente por cierto, Lucho Córdoba y Alejandro Flores, de los que muchos antiguos penquista - cada año que pasá vamos quedando menos - deben acordarse gratamente.

Peruano, aunque de madre chilena, Córdoba -bato de buenísima ley- debutó en 1934, precisamente en esta ciudad, como "cabecita de la compañía", junto a Ovidio Leguía, que después fue su esposa, y Rafael Frontaura. Por eso mismo, me decía, "quería entrañablemente" a Concepción. La obra, antes que se me olvide, se llamaba "Las de Caín", y sus autores eran los hermanos Álvarez-Quintero. Las últimas veces que don Lucho se presentó aquí, debió utilizar micrófono. Como la señora Ovidio tenía que esconderle las cajetillas de cigarrillos para que no encendiera tríos cincuenta al día, ya no le quedaba voz por allá por los años '70. Con mucha gracia, decía que seguía siendo un actor de "primera fila", porque ya, en la segunda, no lo escuchaba nadie.

Aparte de su comicidad, caracterizaba a Córdoba un ánimo tremendamente solidario con todos sus compañeros de oficio, especialmente con quienes comenzaban en los escenarios. Cuando no los avalaba en una sastrería para que pudieran adquirir a crédito el indispensable terno para poder actuar, llegaba hasta los camarines con una caja de maquillaje, no menos imprescindible

que el vestuario adecuado. O con una cantidad de dinero, "para que pudieran mantenerse mientras tanto", que entregaba con suma discreción y que, después, alegaba haber olvidado.

Si Córdoba destacó y vaya que destacó - como actor cómico, Alejandro Flores fue el galán por excelencia, y donde se presentara estaba rodeado de admiradoras. Descubrílo como intérprete por el historiador - cronista, mejor dicho - Aurelio Díaz Meza, allá por los años del "Cielito Lindo" con letra alessandrista, se le halló "madura de actor" desde que pisó por primera vez un escenario, en un recital "benéfico", en boca en esa época.

No sólo hizo teatro en Chile y Argentina, sino también cine, en los inicios de este arte como industria en nuestro país, con el apoyo de la Corfo. Afortunado en amores, perdía todo lo que ganaba en las salas de juego de los casinos, porque se reconocía muy "dado a la timba". De todas estas emociones, sin embargo, se reponía en su casona de San Francisco de Mostaza, repleta de pinturas de reputadas firmas.

Yo lo vi actuar por primera vez en 1948, cuando presentó aquí "Aló, aló, número equivocado", una reñida pieza de Julio Asmusen Rivers, periodista, entonces, de "El Mercurio" antofagastino. El año anterior, había sido el éxito de la temporada santiaguina. No sólo por lo divertida, sino porque abundaban las situaciones "audaces" para esa época. Como "botón de muestra" de lo que cuento, por su "atrevida" letra había sido censurada en las radios la canción "La última noche", que hoy no escandaliza ni a un parvulito siquiera. Pe-

ro así se daban las cosas, cuando todavía Concepción no celebraba su cuarto centenario.

Con Flores, trabajaban en esa comedia Gloria Lynch, una rubia buenazona que hasta había rodado unas cuantas películas en México, y Pepe Rojas, muy popular por sus cuecas y por sus giras en los teatros-carpos, organizados por la Dirección de Informaciones y Cultura de la presidencia, que dirigía el periodista Ricardo Boizard, que, posteriormente, fuera diputado febrangista por Lontué y embajador en Yugoslavia, durante el gobierno de Frei Montalva. La mencionada dirección de cultura producía semanalmente su propio noticiario cinematográfico que se exhibía en casi todas las salas del país y que era, en realidad, muy bien realizado en todo aspecto.

Pero, y volviendo a Flores, sus colegas de trabajo a Alejandro le imponían un bledo, y en eso radica su gran diferencia con Lucho Córdoba. En una de sus memorables giras a Concepción, trajo al "Copito", su perrito repañón, que tuvo la mala ocurrencia de enfermarse en medio de la temporada. Como si se tratara de un niño, Flores dejó "botados" a sus compañeros y partió con su can de fina raza a la capital, en procura de un veterinario "de nota" para que lo sacara de su precapote mal. Por supuesto que todos los integrantes del elenco partieron a la siga suya, y lo demandaron a la Inspección del Trabajo. Citado al Juzgado respectivo, Flores llegó hasta allí muy indignado, y al verlos, sólo atinó a decirles: "Mientras más conozco a los hombres, más quiero a mi perro". Pero como la frase no tenía nada de original, el magistrado lo condenó a pagar a su compañía lo estipulado en el contrato y sin apelación alguna. Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

Sergio Ramón Fuentealba

Cuando había teatro y no feria [artículo] Sergio Ramón Fuentealba.

Libros y documentos

AUTORÍA

Fuentealba, Sergio Ramón

FECHA DE PUBLICACIÓN

1995

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Cuando había teatro y no feria [artículo] Sergio Ramón Fuentealba.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile